

ciudadanos de una monarquía constitucional con su rey; cuida éste de asegurarles una hermosa existencia en un hermoso país; un gobierno tórnase en vano todos los trabajos del mundo, con gendarmes, una administración y toda el aparejo de la fuerza armada, para impedir que un pueblo muera de hambre; para iluminar las ciudades con gas, para mejor bien de los ciudadanos; para calentar á todo el mundo con el sol del cuadragésimoquinto grado de latitud, y para prohibir á todo el que no sea recaudador el pedir dinero; en vano se complace en adoquinar las calles, pues ninguna de las ventajas de esta hermosa *utopía* son apreciadas. ¡Los ciudadanos quieren otra cosa!... no se avergüenzan aún reclamando el derecho de pasearse por esas calles y el de saber adónde va á parar el dinero que se da á los recaudadores; en una palabra, el monarca se vería obligado á ceder á cada ciudadano una pequeña parte de su trono, si hiciese caso de las habladurías de ciertos escritorzuolos, ó se vería precisado á adoptar ciertas ideas tricolores, especie de polichinelas que ponen en juego una multitud de titulados patriotas, bandidos dispuestos siempre á vender su conciencia por un millón, por una mujer ó por una corona ducal.

—Señor vizconde—le dije interrumpiéndole,—soy en un todo de vuestra opinión sobre este último punto; pero ¿qué haríais para eludir las justas peticiones de vuestra mujer?

—Caballero, haré... responderé... como hacen y responden los gobiernos que no son tan estúpidos como los miembros de la oposición pretenden probar á sus comitentes. Empezaré por otorgar con solemnidad una especie de constitución, en virtud de la cual mi mujer será declarada completamente libre. Reconoceré plenamente el derecho que tiene de ir adonde le parezca, de escribir á quien quiera y de recibir cartas, prohibiéndole que me entere de su contenido. Mi mujer tendrá todos los derechos del parlamento inglés: la dejaré hablar todo cuanto quiera, discutir, proponer medidas fuertes y enérgicas, pero sin que pueda llevarlas á la práctica, y después... allá veremos.

—¡Por san José!—dije para mis adentros,—he ahí un hombre que comprende tan bien como yo la ciencia del matrimonio. Y después, y á pesar de eso, veréis, caballero, como llegará un día en que seréis tan tonto como pueda serlo cualquier otro—dije yo en voz alta para obtener más amplias revelaciones.

—Caballero—replicó él con gravedad,—permítame usted que acabe. He aquí lo que los grandes políticos llaman una teoría; pero, con la práctica, esta teoría saben ellos hacerla desaparecer como el humo, y los ministros poseen, aún mejor que todos los procuradores de Normandía, el arte de hacer que la *forma* supere al *fondo*. El señor de Metternich y el señor de Pilat, hombres de gran mérito, se preguntan hace ya tiempo si Europa está en su cabal juicio, si sueña, si sabe adónde va á parar y si ha razonado alguna vez, cosa imposible para las masas, para los pueblos y para las mujeres. Los señores de Metternich y de Pilat están asustados al ver á este siglo llevado de su manía de las constituciones, como el precedente lo estaba por la filosofía, y como Lutero lo estaba por la reforma de los abusos de la religión romana; pues no parece sino que las generaciones sean como esos conspiradores cuyas acciones persiguen separadamente el mismo objeto, guiadas por la orden convenida. Pero se asustan sin razón, y en esto solamente es en lo que les condeno, pues el pueblo tiene razón en querer gozar del poder. No sé como hombres tan notables como ellos no han sabido adivinar la profunda moralidad que encierra la comedia constitucional, y ver que es de la más alta política el dejar que el siglo tenga que roer algún hueso. Por lo demás, pienso lo mismo que ellos respecto á la soberanía. Un *poder* es un ser moral tan interesado como el hombre en su conservación. El instinto de conservación está dirigido por un principio esencial expresado en tres palabras: *No perder nada*. Para no perder nada, es preciso crecer ó ser infinito; pues un poder estacionario es nulo. Si retrocede, ya no es poder; y es arrastrado por otro. Conozco, como esos señores, la falsa situación en que se encuentra un poder ilimitado que hace una concesión; deja nacer dentro de sí propio otro poder cuyo afán será el de engrandecerse. El uno tiene que anonadar necesariamente al otro, pues todo ser tiende al mayor desarrollo posible de sus fuerzas. Un poder no hace, pues, nunca concesiones que no intente reconquistar. Este combate entre los dos poderes constituye la esencia de nuestros dos poderes constitucionales, cuyo manejo asombra sin razón al patriarca de la diplomacia austriaca, toda vez que, comedia por comedia, la más peligrosa y la menos lucrativa es la que representan Inglaterra y Francia. Estas dos naciones han dicho al pueblo: «Eres libre», y él se ha

quedado contento; entrando á formar parte del gobierno como la multitud de ceros que dan valor á la unidad. Pero si el pueblo quiere removerse, se empieza con el drama de la comida de Sancho, cuando este escudero, convertido en soberano de la isla en tierra firme, intenta comer. Ahora bien, nosotros, los hombres, debemos parodiar aquella admirable escena en el seno de nuestras familias. Así, mi mujer tiene el derecho de salir, pero diciéndome antes adónde va, cómo va, para qué asunto va y cuándo volverá. En lugar de exigir estos detalles con la brutalidad que lo hacen nuestros políticos, los cuales sin duda llegará un día en que se perfeccionarán, tengo el cuidado de revestirme, al exigirlos, de la mayor amabilidad. En mis labios, en mis ojos, en mis facciones, se representan y aparecen sucesivamente los acentos y señales de la curiosidad y de la indiferencia, de la gravedad y de la broma, de la contradicción y del amor. Estas pequeñas escenas conyugales, llenas de intención, de astucia y de gracia, son muy agradables de desempeñar. El día en que quité de las sienes de mi mujer la corona de azahar que la adornaba, comprendí que habíamos representado, como en el acto de la coronación de un rey, las primeras escenas de una larga comedia. ¡Yo tengo gendarmes!... ¡Tengo mi guardia real, mis procuradores generales!—repuso con una especie de entusiasmo.—Jamás consiento que mi mujer vaya á pie sin ir acompañada de un lacayo con librea. ¿No es esto del mejor tono, sin contar lo que halago con ello la vanidad de mi mujer, que podrá decir: Tengo criados? Pero mi principio conservador ha sido siempre hacer coincidir mis salidas con las de mi mujer, probándole desde hace ya dos años que es siempre para mí un placer el llevarla del brazo. Si las calles están llenas de barro, procuro enseñarle á llevar con soltura un caballo brioso; aunque le juro á usted que hago lo que puedo para que no aprenda pronto... Si, por casualidad, ó por efecto de su voluntad caprichosa, quisiera salir sin pasaporte, es decir, en su coche y sola, ¿no tengo un cochero, un lacayo y un groom? De este modo, mi mujer puede ir adonde quiera, pues lleva á todas partes una *santa hermandad*, y yo estoy tranquilo. Pero, querido señor mío, ¿cuántos medios no tenemos para destruir el programa conyugal con la práctica, y la letra del mismo por medio de la interpretación? He observado que las costumbres de la alta sociedad llevan con-

sigo un afán de corretear que devora la mitad de la vida de una mujer, sin que ella goce en realidad de la vida. Por mi parte, tengo formado el proyecto de dirigir diestramente á mi mujer hasta los cuarenta años, sin que piense en el adulterio, del mismo modo que el difunto Mussón se divertía en trasladar á un vecino de la calle de Saint-Denis á Pierrefitte, sin que él sospechase que se había separado de la sombra del campanario de Saint-Leu.

—¡Cómo!—le dije yo interrumpiéndole,—¿habréis adivinado por casualidad esas admirables decepciones que yo me proponía describir en una Meditación titulada: *Arte de poner la muerte en la vida*? ¡Ay de mí! ¡yo creía haber sido el primero en descubrir esa ciencia! Este conciso título me había sido sugerido por el relato que me hizo un joven médico de una admirable composición inédita de Crabbe. En esta obra, el poeta inglés ha sabido personificar á un ser fantástico llamado la *Vida en la Muerte*. Este personaje persigue á través del océano del mundo á un esqueleto animado llamado la *Muerte en la Vida*. Recuerdo que pocas personas, entre los convidados del elegante traductor de la poesía inglesa, comprendieron el sentido de esta fábula, tan verdadera como fantástica. Yo solo, quizá, sumergido en torpe silencio, pensaba en esas generaciones enteras que, empujadas por la vida, pasan sin vivir. Millares de figuras de mujeres se ofrecen á mis ojos, muertas todas, tristes y vertiendo lágrimas de desesperación al contemplar las horas perdidas de su ignorante juventud. En lontananza veía nacer una Meditación burlona, oía ya sus risas satánicas, y usted va sin duda á matarla. Pero, veamos, confieme usted pronto los medios que haya encontrado para ayudar á una mujer á desperdiciar los rápidos momentos en que se encuentra en la flor de su belleza, en la fuerza de sus deseos... Acaso me haya usted dejado algunas estratagemas, algunas astucias que describir.

El vizconde se echó á reír de esta contrariedad de autor, y me dijo con aire satisfecho:

—Mi mujer, como todas las jóvenes de nuestro bienaventurado siglo, ha pasado tres ó cuatro años consecutivos machacando las teclas de un piano. Ha descifrado á Beethoven, ha tarareado las arias de Rossini y ha hecho los ejercicios de Crammer. Verdad es que tuve yo buen cuidado de convencerla de sus grandes aptitudes musicales. Para al-

canzar mi objeto, la he aplaudido, he escuchado sin bostezar las más enojosas sonatas del mundo, y me resigné á tomar un palco en los Buffos. De este modo he conseguido disfrutar tres noches apacibles de las siete que Dios ha creado en la semana. He llegado á ser acechado por las *casas de música* que pretenden siempre venderme piezas nuevas. En París existen salones que se parecen á las tabaquerías de Alemania, especies de *componiums* adonde voy con regularidad á buscar indigestiones de armonía, que mi mujer llama conciertos. Pero también es muy cierto que la mayor parte del tiempo se lo pasa con sus partituras.

—¡Ay caballero! ¿no conoce usted el peligro que hay en desarrollar en una mujer el gusto por el canto y en dejarla entregada á todas las excitaciones de una vida sedentaria? No os faltaba más que alimentarla con carnero y darle á beber agua pura.

—Mi mujer no come nunca más que pechugas de ave, y tengo buen cuidado de que suceda siempre un baile á un concierto, un paseo á una representación en los Italianos. De este modo he logrado hacerla acostar durante seis meses del año entre una y dos de la mañana. ¡Ah, señor mío! las ventajas de acostarse tarde son incalculables. En primer lugar, cada uno de esos placeres necesarios se le concede como favor, y finjo de este modo hacer siempre la voluntad de mi mujer. Así, la persuado, sin pronunciar una sola palabra, de que está constantemente divertida desde las seis de la tarde, hora de nuestra comida y de su tocado, hasta las once de la mañana, hora en que nos levantamos.

—¡Ah, caballero! ¿cuánto agradecimiento le debe á usted por una vida tan llena de placeres!

—De este modo, no quedan más que tres horas peligrosas al día, pero, durante estas tres horas, le quedan muchas partituras que estudiar y muchos aires que repetir. Además, me quedan los paseos al bosque de Boloña, el estreno de carruajes, las visitas, etc. Pero no es esto todo. La limpieza minuciosa es una de las cualidades más apreciables en la mujer, y el tiempo que invierta en esto y los cuidados que se tome no deben parecer nunca excesivos ni ridículos, con lo cual logro que consuma en el tocador las mejores horas del día.

—¡Usted es digno de escucharme!... —exclamé. —Ahora bien, caballero, si quiere usted robarle además cuatro horas

al día, enséñele un arte desconocido por la mayor parte de las señoras modernas. Enumere usted á su señora los asombrosos detalles creados por el lujo oriental de las damas romanas, nómbrele usted los esclavos empleados por la emperatriz Poppea únicamente en el baño: los *Unctores* (1), los *Fricatores* (2), los *Alipilarili*, (3) los *Dropacistaes* (4), los *Paratiltroes* (5), los *Picatrices* (6), *Tractatrices* (7), los en jugadores, y que sé yo cuántos más. Háblele usted de esa multitud de esclavos cuya nomenclatura ha dado Mirabeau en su *Erotika Biblión*. Por poco que trate de reemplazar á toda esa gente, tendréis hermosas horas de tranquilidad, sin contar las satisfacciones personales que resultarán para usted con la implantación en su casa del sistema de aquellas ilustres romanas, cuyos menores cabellos, artísticamente dispuestos, habían recibido una lluvia de perfumes, y cuyas venas parecían haber conquistado una sangre nueva con la mirra, el lino, los perfumes y las flores, prodigado todo á los acordes de una música voluptuosa.

—¡Ah, caballero! —repuso el marido, que se acaloraba cada vez más— ¿no me ofrece su salud admirables pretextos? Esa salud, tan preciosa y tan querida, me permite prohibir á mi mujer que salga cuando hace mal tiempo, y con esto gano una cuarta parte del año. Además, he sabido introducir la grata costumbre de no salir nunca el uno sin el otro sin darnos el beso de despedida, diciéndonos: «Ángel mío, me voy». Finalmente, he sabido prever el porvenir y mantener siempre cautiva á mi mujer en su habitación, como lo está el centinela en su garita... La he inspirado un entusiasmo increíble por los sagrados deberes de la maternidad.

—¿Contradiciéndola? —pregunté yo.

—Lo ha adivinado usted —me contestó él riéndose. —Le sostengo que es imposible que una mujer del gran mundo

(1) Los que ungián ó untaban.—(N. del T.)

(2) Los que frotaban.—(N. del T.)

(3) Los que cortaban el vello de debajo del brazo.—(N. del T.)

(4) Los que daban el unguento que hacía caer el pelo.—(N. del T.)

(5) Los que arrancaban los pelos que afeaban.—(N. del T.)

(6) Los que bañaban con pez.—(N. del T.)

(7) Las que manejaban á su señora.—(N. del T.)

liberación

pueda llenar sus obligaciones con la sociedad, manejar su casa, abandonarse á todos los caprichos de la moda, á los de un marido á quien ama, y educar á sus hijos... Ella dice entonces que, siguiendo el ejemplo de Catón, que quería ver como cambiaba la nodriza los pañales del gran Pompeyo, no dejará á nadie los cuidados más minuciosos reclamados por las flexibles inteligencias y los tiernos cuerpos de esos pequeños seres cuya educación empieza en la cuna. Ya comprenderá usted, caballero, que de nada me serviría mi diplomacia conyugal si, después de haber impuesto á mi mujer en el secreto, no usase de un maquiavelismo inocente, que consiste en aconsejarla siempre que haga lo que yo supongo que ella quiere y en pedirle consejo en todo y por todo. Como esa ilusión de libertad está destinada á engañar á una criatura que no es tonta, tengo buen cuidado de sacrificarlo todo para convencer á mi esposa de que es la mujer más libre que existe en París, y, para lograr mi objeto, me guardo bien de cometer esas grandes torpezas políticas que cometen á veces nuestros ministros.

—Le comprendo á usted—le dije.—Cuando pretende usted privar á su mujer de alguno de los derechos concedidos en el programa, ya le veo afectando un aire amable y comedido, ocultar el puñal bajo flores, y, clavándoselo con precaución en el corazón, decirle con voz amistosa:—Ángel mío, ¿te hace daño?—A lo cual le responderá ella seguramente como lo hacen las personas á quienes se adula.—Al contrario.

Mi interlocutor no pudo contener una sonrisa, y me dijo:

—¿No se admirará mi mujer en el juicio final?

—No sé quién se admirará más, si usted ó ella—le respondí yo.

El celoso frunció ya las cejas, pero su fisonomía se tranquilizó cuando añadió:

—Celebro, caballero, la feliz casualidad que me ha proporcionado el gusto de conocerle. Sin su conversación, seguramente que habría desarrollado peor de lo que usted lo ha hecho algunas de las ideas que nos son comunes. Cuando llegue el caso, le pediré permiso para publicar esta entrevista. Allí donde nosotros hemos visto altas concepciones políticas, otros encontrarán sin duda ironías más ó menos picantes, y yo pasaré por hombre hábil á los ojos de los dos bandos.

Mientras que yo daba las gracias al vizconde (el primer buen marido que, á mi entender, había yo encontrado), él me hacía visitar una vez más todas sus habitaciones, donde todo parecía irreprochable.

Iba ya á despedirme de él, cuando, abriendo la puerta de un pequeño gabinete, me lo enseñó con un aire que quería decir: ¿Hay aquí medio de cometer algún desorden sin que yo deje de apercibirme de ello?

Respondí á esta muda interrogación con una de esas inclinaciones de cabeza que hacen los convidados á su anfitrión al probar un manjar exquisito.

—Todo mi sistema—me dijo en voz baja—me ha sido sugerido por tres palabras que mi padre oyó pronunciar á Napoleón en pleno Consejo de Estado, cuando se discutió el divorcio. *El adulterio*—dijo—*es un asunto de canapé*. Por eso puede usted ver que he sabido transformar á estos cómplices en espías—añadió el consejero de Estado señalándome un diván forrado con casimir color de té cuyos cojines estaban un tanto arrugados.—Mire usted, estas arrugas me dicen que mi mujer ha tenido dolor de cabeza y que se ha apoyado aquí.

Dimos algunos pasos hacia el diván y vimos la palabra TONTO caprichosamente trazada en el mueble fatal por nueve

De esos no sé qué, que una amante arrancó
Del gran vergel de Cipris, laberinto de hadas,
Y con los cuales un duque fundó
Una encomienda ú orden de las más preciadas.

—¡Nadie en mi casa tiene los cabellos negros!—dijo el marido palideciendo.

Al oír esto me escabullí, pues sentí unas ganas de reír, que no me hubiera sido fácil contenerme.

—He aquí juzgado un hombre—me dije.—Con todas las barreras de que ha rodeado á su mujer, no ha hecho más que prepararle increíbles placeres.

Esta idea me entristeció. La aventura destruía por completo tres de mis más importantes meditaciones, y la infabilidad católica de mi libro era atacada en su esencia. De buena gana hubiera pagado la fidelidad de la vizcondesa de V*** con la suma con que muchas personas hubiesen querido comprar una de sus faltas. Pero, por desgracia,

el hecho estaba consumado, y de nada servía mi dinero.

En efecto, tres días después encontré al consejero de Estado en el salón de descanso de los Italianos. Tan pronto como me vió, corrió hacia mí. Llevado de una especie de pudor, procuraba evitar su presencia; pero, cogiéndome por el brazo, me dijo al oído:

—¡Ah! ¡acabo de pasar tres días terribles! Afortunadamente, me inclino á creer que mi mujer es tan inocente como un niño bautizado ayer.

—Ya me había usted dicho que la señora vizcondesa era muy espiritual—repliqué yo con cruel acento de candidez.

—¡Oh! esta noche le aseguro que escucho con placer hasta las bromas, pues esta mañana he tenido pruebas irrecusables de la fidelidad de mi mujer. Me había levantado muy temprano para acabar un trabajo urgente... Miraba distraidamente al jardín, cuando de pronto veo saltar las tapias al ayudante de cámara de un general vecino mío. La criadita de mi mujer, alargando el cuello, acariciaba á mi perro y protegía la retirada del mancebo. Tomo mi monóculo, miro al salteador, ó mejor dicho, á sus cabellos, y veo que eran negros como el azabache... ¡Ah! jamás cara de cristiano me dió más placer al verla. Pero como debe usted suponer, durante el día la verja ha sido derribada. De modo que, amigo mío, si se casa usted, tenga usted al perro atado con cadena, y coloque pedazos de vidrio en la parte superior de las tapias.

—Y ¿ha notado vuestra inquietud la condesa durante estos tres días?

—¿Me toma usted por un niño?—me contestó encogiéndose de hombros.—Jamás mostré más alegría.

—¡Es usted un gran hombre desconocido!—exclamé,—y no es usted...

No me dejó acabar; pues desapareció al ver á uno de sus amigos que parecía que llevaba intención de ir á saludar á la vizcondesa.

¿Qué podríamos añadir nosotros que no fuese una enojosa parodia de las enseñanzas que encierra esta conversación? Todo es semilla ó fruto en ella. No obstante, ¡oh maridos! ya lo veis, vuestra dicha depende á veces de un cabello.

MEDITACIÓN XVII

TEORÍA DEL LECHO

Eran próximamente las siete de la tarde. Sentados en sus sofás académicos, describían un semicírculo ante una gran chimenea donde ardía tristemente un fuego de carbón de piedra, símbolo eterno del objeto de sus importantes discusiones. Al ver los rostros graves, aunque apasionados, de todos los miembros de esta asamblea, era fácil adivinar que su misión era sentenciar sobre la vida, la fortuna y la felicidad de sus semejantes. Sus mandatos dependían sólo de sus conciencias, como los asociados de un antiguo y misterioso tribunal; pero ellos representaban intereses mayores que los de los reyes ó los de los pueblos; hablaban en nombre de las pasiones y de la felicidad de las generaciones infinitas que habían de sucederles.

El nieto del célebre BOUTLE estaba sentado ante una mesa redonda, sobre la cual se encontraba el sumario instruido con rara inteligencia; yo, mezquino secretario, ocupaba un asiento en aquel tribunal para levantar acta de la sesión.

—Señora—dijo un anciano,—la primera cuestión sometida á vuestras deliberaciones se halla claramente planteada en este pasaje de una carta dirigida á la princesa de Gales, Carolina de Anspach, por la viuda de Monsieur, hermano de Luis XIV, madre del regente.

« La reina de España tiene un medio seguro para hacer » decir á su marido todo lo que ella quiere. El rey es de » voto; creería condenarse si tocase á otra mujer que no sea » la suya, y este buen príncipe es por naturaleza muy ena- » moradizo. La reina consigue de él por este medio todo lo » que desea. Ha hecho poner unas ruedecitas al lecho de su » marido. Si le rehusa éste alguna cosa, ella se lleva el » lecho lejos del de su esposo. Si le concede lo que le pide, » los lechos se aproximan, y ella vuelve á admitirle en el » suyo, lo cual constituye la mayor felicidad del rey, que es » sumamente inclinado á... »

—Señores, opino que no debe proseguirse esta lectura,

porque la virtuosa franqueza de la princesa alemana pudiera ser tachada aquí de inmoralidad. ¿Deben los maridos prudentes aceptar el lecho con ruedecitas?... Este es el problema que tenemos que resolver.

La unanimidad de votos no dejó lugar á duda. Me fué ordenado que consignase en el libro de actas, que si dos esposos dormían en dos lechos separados y en un mismo cuarto, los lechos no debían tener ruedas.

—Pero sin que la presente decisión pueda perjudicar en nada á la decisión definitiva que quedará sentada sobre la mejor manera de dormir los esposos.

El presidente me entregó un volumen elegantemente encuadernado que contenía la edición original, publicada en 1788, de las cartas de doña Carlota Isabel de Baviera, viuda de Monsieur, hermano único de Luis XIV, y, mientras que yo transcribía el pasaje citado, repuso:

—Señores, supongo que habrán recibido ustedes el boletín en que se consignaba la segunda cuestión.

—¡Pido la palabra!—exclamó el más joven de los celosos reunidos.

El presidente se sentó después de haber hecho un gesto de adhesión.

—Señores—dijo el joven marido,—¿estamos bien preparados para deliberar sobre un objeto tan grave como el que ofrece la materia de los lechos? ¿No hay aquí una cuestión más importante que pueda serlo cualquier pequeño detalle de ebanistería? Por mi parte, veo en él un problema que concierne á la inteligencia humana. Los misterios de la concepción, señores, están aún rodeados de tinieblas que la ciencia moderna no ha hecho más que disipar débilmente. Aun no sabemos hasta qué punto influyen las circunstancias exteriores en los animales microscópicos, cuyo descubrimiento es debido á la paciencia infatigable de los Hill, de los Baker, de los Joblot, de los Eichorn, de los Gleichen, de los Spallanzani, sobre todo Muller, y, en último término, del señor Bory de Saint-Vincent. La imperfección del lecho encierra una cuestión musical de la más alta importancia, y, por mi parte, confieso que acabo de escribir á Italia para obtener detalles seguros sobre la manera cómo están establecidos allí los lechos... Sabremos inmediatamente si hay en ellos muchas varitas, tornillos y ruedecitas, si las construcciones son más viciosas en aquel país que en cualquier

otra parte, y si la sequedad de las maderas, debida á la acción del sol, produce, *ab ovo*, la armonía, cuyo sentimiento innato poseen todos los italianos... Por todos estos motivos, pido que se suspenda la deliberación.

—¿Estamos aquí acaso para tomarnos interés por la música?—exclamó un caballero del Oeste levantándose bruscamente.—Aquí se trata de costumbres ante todo y la cuestión moral debe predominar sobre todas las demás.

—Sin embargo—dijo uno de los miembros más influyentes del consejo,—creo que el consejo del primer opinante debe tenerse en cuenta. En el siglo pasado, señores, uno de nuestros escritores más filosóficamente graciosos y más graciosamente filosóficos, Sterne, se quejaba del poco cuidado con que se recompensaba á los hombres de genio y de lo poco que se les estimulaba á conquistar la gloria. «¡Oh vergüenza!—exclamaba;—el que copia la divina fisonomía del hombre recibe coronas y aplausos, mientras que el que fabrica la materia primera de una manera maestra, el prototipo de un trabajo mínimo, no tiene, como la virtud, más que su obra por recompensa». ¿No sería conveniente ocuparse del mejoramiento de las razas humanas, mejor que hacerlo de la de los caballos? Señores, he pasado por una pequeña ciudad de orleaneses, cuya población se compone de jorobados, de gente de rostros ceñudos ó tristes, verdaderos hijos de la desgracia. Ahora bien, la observación del primer opinante me recuerda que todos los lechos estaban allí en muy mal estado, y que las alcobas no ofrecían á la vista de los dos esposos más que espectáculos repugnantes. ¡Ah, señores! ¿pueden estar nuestros espíritus en una situación análoga á la de nuestras ideas, cuando, en vez de la música de los ángeles, que revolotean aquí y allá en el seno de los cielos que habitamos, se escuchan las notas más chillonas de la más importuna, de la más cargante y de la más execrable melodía terrestre? Sin duda debemos los genios más portentosos que han honrado á la humanidad á lechos sólidamente contruídos, y la población turbulenta que promovió la Revolución francesa ha sido quizá concebida sobre una multitud de muebles vacilantes, con pies torcidos y poco sólidos; mientras que los orientales, cuyas razas son tan bellas, tienen un sistema particular para acostarse... Voto, pues, por el aplazamiento de la sesión.

Y el caballero se sentó.

Un hombre que pertenecía á la secta de los metodistas se levantó.

—¿Por qué cambiar la cuestión? No se trata aquí de mejorar la raza ni de perfeccionar la obra. No debemos perder de vista los intereses de los celos maritales, ni los principios de una sana moral. ¿Ignoran ustedes que el rumor con que se quejan parece más temible á la esposa irresoluta para el crimen, que la voz tonante de la trompeta del juicio final?... ¿Olvidan ustedes, acaso, que todos los procesos por conversación criminal han sido ganados por los maridos gracias á esta queja conyugal? Os pido, señores, que consultéis los divorcios de milord Abergaveny, del vizconde Bolingbrocke, el de la difunta reina, el de Elisa Draper, el de la señora Harris, en fin, todos los contenidos en los veinte volúmenes publicados por... (El secretario no oyó con claridad el nombre del editor inglés.)

Quedó acordado el aplazamiento de la sesión. El miembro más joven propuso que se hiciese una colecta para premiar al autor que presentase á la sociedad la mejor disertación acerca de este asunto, considerado por Sterne como tan importante; pero á la salida de la sesión no se encontraron más que diez y ocho chelines en el sombrero del presidente.

Esta deliberación de esta sociedad formada recientemente en Londres para el mejoramiento de las costumbres y del matrimonio, y que ha sido objeto de tantas burlas por parte de lord Byron, nos ha sido transmitida gracias al celo del honrado W. Hawkins esq.^e, primo hermano del célebre capitán Clutterbuck.

Este extracto puede servir para resolver las dificultades que se encuentran en la teoría del lecho, por lo que atañe á su construcción.

Pero el autor de este libro opina que la asociación inglesa ha dado demasiada importancia á esta cuestión perjudicial.

Existen, sin duda, tan buenas razones para ser *Rosinista* como para ser *Solidista* en materia de camas de madera, y el autor confiesa que el decidir esta dificultad está por encima ó por debajo de él. Opina, como Lorenzo Sterne, que es vergonzoso para la civilización europea el que se hayan hecho tan pocas observaciones fisiológicas sobre la calipedia, y renuncia á decir los resultados de sus medita-

ciones respecto á este punto, porque serían difíciles de formular en términos circunspectos y porque serían poco comprendidas ó mal interpretadas. Este desdén dejará una laguna en este lugar de su libro; pero tendrá en cambio la dulce satisfacción de legar una cuarta obra al siglo venidero á quien enriquece de este modo con todo lo que él no hace, magnificencia negativa cuyo ejemplo será seguido por todos aquellos que dicen tener muchas ideas.

La teoría del lecho nos obligará á resolver cuestiones mucho más importantes que las que ofrecen á nuestros vecinos las ruedecitas y las murmuraciones de la conversación criminal.

Nosotros no conocemos más que tres maneras de organizar un lecho (en el sentido general dado á esta palabra) en las naciones civilizadas, y principalmente entre las clases privilegiadas, á las cuales va dirigido este libro.

Estas tres maneras son:

- 1.º LOS DOS LECHOS EN UN SOLO CUARTO.
- 2.º LOS DOS LECHOS EN DOS CUARTOS SEPARADOS.
- 3.º UN SOLO Y ÚNICO LECHO.

Antes de entregarnos al examen de estos tres modos de cohabitación, que tienen que ejercer necesariamente influencias muy diversas en la felicidad de las mujeres y de los maridos, debemos dirigir una rápida ojeada á la influencia del lecho y al papel que desempeña en la economía política de la vida humana.

El principio más incontestable en esta materia es que *el lecho ó cama se ha hecho para dormir*.

Fácil sería probar que la costumbre de dormir juntos los esposos es mucho más moderna que el matrimonio.

¿Qué razones habrá tenido el hombre para poner de moda una práctica tan fatal para su dicha, para su salud, para el placer y hasta para el amor propio?... Indagar esto sí que sería cosa curiosa.

Si vosotros supieseis que un rival vuestro ha encontrado el medio de exponeros ante la mujer que amáis en una situación en que estuvieseis soberanamente ridículos, por ejemplo: mientras tuvieseis la boca torcida como una máscara, ó mientras que vuestros elocuentes labios, semejantes al caño de cobre de una fuente escasa, destilasen gota á gota un agua pura, tal vez le daríais de puñaladas. Pues bien, este rival es un sueño. ¿Existe algún hombre en el

mundo que sepa cómo está y lo que hace cuando duerme?

Cadáveres vivos, somos presa de un poder desconocido que se apodera de nosotros á pesar nuestro y que se manifiesta de mil maneras rarísimas: los unos tienen el sueño interesante, y los otros un sueño estúpido.

Hay quien duerme con la boca abierta y de la manera más necia.

Hay quien ronca de manera que hace temblar las paredes.

La mayor parte se semeja á aquellos diablillos que Miguel Ángel ha esculpido y que sacan la lengua como si quisiesen burlarse de los transeuntes.

No conozco más que una persona en el mundo que duerma noblemente, y es el Agamenón que Guérin (1) pintó acostado en su cama en el momento en que Clitemnestra, impelida por Egisto, avanza para asesinarle. Por eso he ambicionado siempre mantenerme en mi almohada como se mantiene el rey de los reyes, desde que me asaltó el terrible temor de ser visto mientras duermo por otros ojos que no sean los de la Providencia. Asimismo, desde el día en que vi á mi anciana nodriza sorber los mocos, inmediatamente añadí á la letanía particular que recito á san Honorato, mi patrón, una oración más para que me preserve de esta desgraciada costumbre.

Que un hombre se despierte por la mañana, mostrando un rostro abotargado, con la cabeza grotescamente cubierta con un gorro de dormir cuya berla cae sobre la sien izquierda, es ciertamente muy gracioso y sería difícil reconocer en él aquel glorioso esposo tan celebrado por Rousseau en sus estrofas; pero, en fin, aun se ve un resplandor de vida á través de la estupidez de ese rostro medio muerto... Y si queréis recoger admirables apuntes, ¡oh artistas! viajad en diligencia, y en cada aldea en que el correo despierte á algunos empleados de consumos, examinad sus cabezas departamentales. Pero aunque fueseis cien veces más agradables que esos rostros burocráticos, por lo menos tendríais la boca cerrada, los ojos abiertos y vuestra fisonomía una expresión cualquiera... ¿Sabéis, acaso, como estabais una hora antes de despertar, ó durante la primera hora de vuestro

(1) Pedro Guérin fué un célebre escritor francés, una de cuyas mejores obras es la que el autor de este libro cita (1774-1833).—(N. del T.)

tro sueño, cuando, ni hombre ni animal, caíais bajo el imperio de vuestros sueños que vienen por la puerta de cuerno?... No, este es un secreto entre vuestra mujer y Dios.

¿Sería, acaso, por recordar siempre la imbecilidad del sueño por lo que los romanos adornaban la cabecera de sus lechos con una cabeza de asno? Dejaremos que los señores miembros que componen la Academia de las inscripciones esclarezcan este punto.

Seguramente que el primero que imaginó, inspirado sin duda por el diablo, no dejar á su mujer aun durante el sueño, debía saber dormir á perfección. Ahora, no olvidéis contar entre el número de las ciencias que es preciso poseer antes de casarse, la de dormir con elegancia. Por lo cual, como apéndice al artículo veinticinco del Catecismo conyugal, pondremos aquí los dos aforismos siguientes:

I

Un marido debe tener el sueño tan fino como el de un dogo, á fin de no dejarse ver nunca dormido.

II

Un hombre debe acostumbrarse desde la infancia á dormir sin nada en la cabeza.

Algunos poetas querrán ver en el pudor, en los pretendidos misterios del amor, un motivo para la unión de los dos esposos en un mismo lecho; pero está reconocido que si el hombre buscó primitivamente la sombra de las cavernas, el musgo de los vericuetos, el techo pedregoso de las cuevas para proteger sus placeres, fué porque el amor le entrega sin defensa sus enemigos. No, no es más natural poner dos cabezas sobre una misma almohada, que razonable envolverse la cabeza con un pedazo de muselina. Pero la civilización ha venido y ha encerrado á un millón de hombres en cuatro leguas cuadradas; los ha distribuído por calles, por casas, por habitaciones, por gabinetes de ocho pies cuadrados, y, como si esto fuese aun poco, pretende introducir unos dentro de otros como se introducen los tubos de un catalejo.

De ahí y de otras muchas causas, como la economía, el miedo, los celos mal entendidos, procede la cohabitación de